

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA 5.ª DE CUARESMA.

Si veritatem dico vobis quare non creditis mihi?

Joan., VIII.

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

Voy á deciros hoy la verdad, toda la verdad acerca de la gula, y me lisonjeo que no solo habeis de creer cuanto yo os diga sobre este horrendo vicio, sino que al contemplar su intrínseca malicia y sus espantosos estragos, habeis de rendir vuestro corazón á los esplendores de la verdad, tomándola por guía de vuestros pensamientos, y por regla de vuestras costumbres.

Los estragos de la gula son incalculables. Aunque no tendríamos en cuenta su gravedad moral, su intrínseca deformidad, la ofensa que con ese pecado ha-

ceмос á Dios, los gravísimos perjuicios que ocasiona á nuestra salud corporal y espiritual, el espantoso cuadro de los males que causa en todas las esferas de la vida, deberian movernos á condenarlo, y aborrecerlo. Pero vosotros sois de Dios, y quereis oír con atención y respeto la palabra de Dios, testimonio fiel, ley inmaculada, que nos manda detestar el pecado, mas bien por ser ofensa de Dios, y privación del sumo bien y de la infinita bienaventuranza, que por los daños temporales que nos causa y por los bienes fugaces de que nos priva.

Hoy habré cumplido mi deber de dar gloria á Dios y buscar vuestra dicha, si logro poner de relieve *la gravedad* del pecado de gula, *sus daños y sus remedios*.

La gula es un apetito desordenado de comer y beber. Desde

luego comprendereis que no hay pecado en el apetito de comer y beber ni en el uso de manjares y bebidas, con tal que el apetito y la satisfacción de esta necesidad natural obedezcan á la razón y se ajusten á su dictámen. Pero si hay desorden, si hay exceso en el uso de los alimentos, el acto de comer se convierte en glotonería y el uso de las bebidas en embriaguez, por lo cual ese desorden constituye el pecado de gula, pecado capital, origen de otros muchos pecados y fuente de gravísimos daños para el hombre que se entrega á ese vicio, para la familia que lo admite en su seno y para la sociedad que lo consiente y autoriza, en vez de reprimirlo y castigarlo.

Para conocer *la gravedad* de este pecado, basta poner los ojos en nuestros deberes sacratísimos para con la majestad infinita de Dios. Debemos al Señor de todo lo criado tributo de adoración, de obediencia y gratitud. Todos los seres que pueblan el universo adoran al Señor, y le reconocen como principio eterno de toda existencia; todas las existencias se someten á su infinita soberanía y acatan su ley que ordena, dirige y conserva el ser, el movimiento y la vida de todas las criaturas, y todas las criaturas

elevan un concierto de alabanzas, un poema sublime de gratitud al Dios que las crió con su poder, que las gobierna con su sabiduría y las conserva con su amorosa providencia. ¿Pero qué hace el hombre cuando se entrega á los excesos de la gula? Negar á Dios la adoración, la sumisión y el reconocimiento que le debe por el beneficio de la creación, de la gobernación y conservación. La gula es una especie de idolatría, mucho más abominable que la de los paganos, toda vez que aquellos infelices, rodeados de oscuridad, viviendo *en los tiempos de la ignorancia*, habiendo perdido la idea y el conocimiento del verdadero Dios tributaban honores divinos al oro, á la plata, á las plantas, á los astros, ó á los héroes; pero el gloton que está rodeado de luz, el gloton que vive en plena civilización cristiana, el gloton que conoce á Dios y se conoce á sí mismo, en vez de adorar á Dios, ¿á quién adora? á la materia más hedionda de su cuerpo, á su vientre. Ese es su ídolo, ese es su dios. *Quorum deus venter est.* Los glotones se alejan cada día más de Dios y le olvidan y le niegan el honor y la gloria que le deben todas las criaturas.

Y ¿dónde está la obediencia y sumisión? La ley que el Señor nos ha impuesto, la ley con que dirige y gobierna nuestro ser, nuestros pensamientos y nuestros actos exteriores consiste en que los sentidos obedezcan á la razón, la carne al espíritu, y el espíritu á Dios. Este es el orden que debe reinar en esta pequeña monarquía que es el hombre *en este mundo abreviado* que somos cada uno de nosotros. Pero ¿qué hacen los esclavos de la gula? Destruir el orden, condición necesaria de la paz, de la armonía, de la belleza y de la dicha. En vez del orden que Dios ha puesto en su cuerpo y en su espíritu, introducen la más degradante anarquía. Ya acontece que predomina la materia sobre el espíritu, los sentidos sobre la razón, el cuerpo sobre el alma, y cuando este desorden se hace habitual, el hombre criado para vivir de Dios, en Dios y por Dios, concentra toda su vida en comer y beber, y no tiene más dios que su vientre, ni más templo que la cocina, ni otro altar que la mesa, ni otros sacerdotes que los cocineros, ni otras víctimas que los platos, ni otro incienso que el olor de los manjares. Pecado de la más grosera idolatría, y de la más sacrilega rebelión, la gula reviste además

el carácter de la más horrible ingratitud.

¿No es en efecto un crimen de ingratitud abusar de los dones divinos y ofender con ellos al soberano autor de todo bien y generoso dispensador de todas las gracias? El Apóstol nos manda que, si comemos, si bebemos, si dormimos, si trabajamos, tengamos presente nuestra obligación de hacerlo todo, de encaminarlo todo, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras acciones á la mayor gloria de Dios. *Omnia in gloriam Dei facite*. Pero el gloton, come y bebe para ofender á Dios; y de sus dones se vale para ultrajarle, para despreciarle, para irritarle como los hebreos en el desierto. Hartáronse dice Oseas, y levantaron su corazón, y se olvidaron de mí que les doy con mano generosa el pan y el vino de que abusan. *Obliti sunt mei*. Se olvidan de mí y venden mis promesas, mi amistad, mi gloria, su destino eterno, su *primogenitura* por un plato de lentejas, por los excesos de la gula, diciendo como Esau: ¿Para qué me sirve mi primogenitura? ¿Qué nos importa perder á Dios y rebajarnos hasta el nivel de los brutos? *Quid mihi proderunt primogenita?*

Grandes son en efecto las pér-

didadas que ocasiona la gula, *incalculables los daños* que causan al hombre los excesos de la comida y sobre todo encarecimiento desastrosos los efectos de la embriaguez. En el orden natural la gula envenena el organismo, entorpece los sentidos, altera los humores, vicia la sangre, produce mil dolencias, acelera la vejez, y causa la muerte. Por lo cual ha dicho el sábio y lo acredita la experiencia que la gula mata más hombres que la espada (1).

En el orden intelectual el exceso en el comer y beber produce la debilitación del entendimiento, y no es raro tropezar con hombres que se han vuelto imbeciles ó estúpidos á causa de la gula. El vientre repleto no engendra buen sentido, dice Séneca. La sabiduría no se halla en la tierra de los que viven *suavemente* (2).

No puede ser sábio el que se dá á los placeres de la mesa (3). Ningun gloton ha llegado á brillar con la llama del génio. Los hombres más esclarecidos, los astros de la inteligencia han aborrecido la glotonería y amado la sobriedad. La gula coloca como reina á la carne allí don-

de debía tener su trono la razón, aconteciendo que el gloton se materializa, se convierte en bestia, *en animal. Animalis homo.* Desde muy antiguo se proclamó esta triste verdad, siendo vulgarísimo este adagio: El que come una vez al día, es ángel, el que come dos veces hombre y el que come tres bestia. *Qui semel est, Deus est; homo qui bis; bestia qui ter.* La sobriedad nos aproxima á los ángeles; la gula nos pone al nivel de las bestias. Los glotonos, los que comen mucho y beben con exceso discurren poco, y pierden la vista del entendimiento. El hombre animal no entiende ni siquiera percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1). Todas las virtudes del alma, dice San Gregorio, se arriman y destruyen cuando el vientre se infla por las abundancias de los manjares y la cabeza se marea por los vapores del vino. (2) La gula y la embriaguez producen todos los vicios despues de arruinar todas las virtudes. Si consulto las sagradas Letras y escucho las lecciones de la experiencia, veo que la gula hace á los hombres audaces, insolentes, lascivos, infieles á los secretos, imprudentes, locos y bestiales; destruye la

1 Eecli., XXXI, 23.

2 Job., XXIII.

3 Prov. XX.

1 1. Cor., II, 14.

2 Pastor., p. 3, c. 20.

inteligencia, turba la alegría, corrompe los sentimientos, deprava las costumbres, conduce á la miseria y produce todo género de males.

Al ébrio le abomina Dios, dice San Agustín, le desprecian los ángeles, le escarnecen los hombres, le abandonan las virtudes, le confunden los demonios, y le pisan sus semejantes. El ébrio avergüenza á la naturaleza, pierde la gracia y la gloria, y se precipita en el abismo de la eterna condenacion.

Y lo que aflige y espanta es, que este horrendo vicio ha invadido á todas las clases y reina en todas partes. En las ciudades y en las aldeas, entre los jóvenes y los ancianos, entre los altos y los humildes, se rinde culto á la glotonería y á la crápula, vicio vergonzoso, causa eficaz de innumerables escándalos, ruina de las familias, foco perene de públicas y perenes discordias, de muertes, homicidios y asesinatos.

Por estos caminos han venido los pueblos y la sociedad al vergonzoso estado en que nos encontramos. Desde las alturas del espiritualismo cristiano han caído una inmensa multitud de gentes al abismo de la corrupcion pagana, y esta sociedad envileci-

da no busca ni pide otra cosa que, *panem et circenses*, festines y diversiones, toros y teatros, tabernas, cafés y figones.

Pensad vosotros de corazon, y sed sóbrios como quiere el Apóstol. Está escrito que los glotones y los ebrios no entrarán en el reino de los cielos. Aplicad *los remedios* que prescribe la Religion á los males que produce la gula. Contra este vicio abominable, generador de tantos males oponed la sobriedad y la templanza. El hombre sensato no vive para comer, sino que come para vivir. No olvideis que teneis un alma nobilísima cuyo alimento es la verdad, cuya bebida es el vino del amor, cuyas galas son las virtudes, cuyo destino es embriagarse en el festin de las delicias eternas, que Dios tiene dispuesto para los limpios de cuerpo y rectos de corazon. Detestad la gula que degrada vuestro espíritu, que mancha vuestra alma, os roba las virtudes, os precipita en muchos pecados y os aleja de vuestro eterno y glorioso destino. Caminad honestamente como de dia, no en glotonerías y embriagueces.

Pensad en la muerte, y no pequeis. Poned los ojos en el sepulcro, y pensad que ese vientre de quien haceis vuestro dios,

que esa carne y ese cuerpo que tanto regalais será muy luego víctima de la hediondez y pasto de los gusanos. La abstinencia, la moderación, la penitencia cristiana son la ley del cristiano porque escrito está: Si no hiciéreis penitencia, sin remedio pereceis. Si, os digo la verdad y ella es la que salva, por qué no la practicais? El que es de Dios, dice el Evangelio de este día, el que es de Dios, oye la palabra de Dios. Recojed con avaricia en vuestro corazón estas divinas enseñanzas, y cumpliéndolas con exactitud, sereis dichosos en el tiempo y en la eternidad, Amen.

El Sr. P., libre-pensador, de Rucil, cerca de París, tenía tanto odio á la religion que ni siquiera habia querido que sus hijos fuesen bautizados. Mas hé aquí que sin saber como, y sin que los médicos pudiesen conocer la causa ni procurarle algun alivio, principia á sufrir de una manera horrible, pareciendo, dice él, que alguna persona le clavase enormes clavos en la cabeza.

Estaba sin descanso, y temian se volviese loco.

Pero Dios que no quiere la muerte eterna de los pecadores, mas antes al contrario quiere que se conviertan y se salven, le inspiró la promesa de hacer bautizar á sus hijos tan pronto se encontrase bueno. El domingo úl-

timo veíase, pues, en la iglesia de Rucil el dicho señor acompañado de toda su familia que asistía al bautismo de sus cuatro hijos. El pobre padre ha sido curado del cuerpo y del alma.

En el hospital del Espíritu-Santo de Roma han muerto arrepentidos un protestante y un mason.

El protestante murió implorando la protección de la Virgen y dando muestras de un profundo dolor. Esto excitó en gran manera la ira del mason, que no cesaba de blasfemar un momento y de decir enfurecido:

—«Venga la medalla de la Virgen á la que atribuyen ustedes la conversión de ese pobre hombre. Verán ustedes como á mí no me convierte.»

Se le dió la medalla que pedía, acaso para escarnecerla; pero ¡oh misericordia divina! este hombre moría á los pocos días no menos arrepentido que su compañero, causando grata sorpresa á las Hermanas de la Caridad y á los sacerdotes que le habían cerrado los ojos.

UNA MUJER FUERTE.

Cuenta el nunca bien ponderado monseñor de Segur, en un libro primoroso titulado: *Mi madre*, un hermoso ejemplo de valor y tesón en la manera de defender las creencias católicas, que juzgamos ha de interesar y edificar á nuestros lectores.

La heroína de este episodio fué

nada menos que la abuela de Mons. de Segur, condesa de Protassoff, y rusa de nacion, pues el lector recordará que la madre del malogrado Prelado, era nieta del famoso general moscovita Rostopchine, que puso fuego á Moscow antes que verlo profanado por la planta de los soldados de Bonaparte.

Ahora bien: dicha condesa de Protassoff, era una de las damas mas distinguidas de la córte de la emperatriz Catalina, y habia profesado el cisma moscovita hasta la edad de treinta y dos años. Su conversion tuvo lugar en 1806, y por cierto que para abjurar sus errores y hacer su profesion, hubo de luchar con grandes peligros.

Vivia en Moscow, y ni un solo dia dejaba de ir en coche á oír misa á la iglesia católica. Reinaba á la sazón el Czar Nicolás, cuando cierta mañana se presenta con gran solemnidad á dicha señora, casada con el conde Rostopchine, un oficial de policia que le habla en estos términos:

—Señora Condesa, vengo de parte del gobernador. Ayer debió V. recibir un aviso oficioso, y hoy le traigo yo uno oficial. Su Excelencia ruega á V. sea mas reservada en el porvenir en su conducta religiosa, pues si conti-

nua con sus manifestaciones católicas, el señor gobernador se verá obligado á darle parte al Emperador.

—Si él le dá parte, yo le daré el todo, respondió tranquilamente la Condesa. Hágame V. el favor de decírselo así al señor gobernador, que yo voy á escribir hoy mismo á su Majestad Imperial.

Y en efecto, la Condesa escribió el mismo dia al emperador Nicolás la siguiente carta, digna de aquella gran matrona.

«Señor:

»El gobernador de Moscow me amenaza con enterar á V. M. de que soy católica y de que frecuento la iglesia católica en carroza, lo cual suelo hacer efectivamente desde que tuve la fortuna de abandonar el cisma para ingresar en el seno de la verdadera Iglesia. En esto no hago mas que usar de un derecho que me dan juntamente el sentido comun y las leyes de mi país.

»Nada hago de extraordinario, y bien léjos estoy yo de querer irritar á nadie con ridiculas ostentaciones. Pero pienso continuar como hasta aquí, lo cual se lo prevengo á V. M. para que pueda, si lo juzga conveniente, hacerme arrastrar por el crimen de ser y mostrarme católica, con-

fiscar mis bienes y hacerme des-
 terrar á Siberia: todo esto me es
 indiferente. Porque lo que V. M.
 no podrá nunca hacer, es impe-
 dirme obrar conforme á mi con-
 ciencia, es hacerme renegar de
 mi fe, es separarme del servicio
 de mi Dios.

»Señor pensad en vos mismo.
 Dentro de pocos años morireis,
 como todós morimos en este
 mundo, y entonces sereis juzga-
 do: y si el Rey de Reyes os en-
 cuentra, como lo estais en este
 momento, fuera del gremio de
 su Iglesia, que es la santa igle-
 sia católica, apóstolica, ro-
 mana, os condenará y á pesar de
 todó vuestro actual poderío se-
 reis precipitado en el infierno.
 Piénselo seriamente V. M. que
 se trata nada ménos que de su
 salvacion eterna.»

La carta llegó á su destino: el
 Emperador la leyó, y la intrepidez
 de aquella valerosa cristiana
 triunfó en el ánimo del Czar, en
 tales términos, que la concedió
 plena libertad para sus obliga-
 ciones religiosas.

La Condesa murió en Moscow
 á la edad de ochenta y cuatro
 años, despues de una vida de
 santa. Todos los dias recibia la
 sagrada Eucaristia, y consagraba
 una hora por mañana y tarde á
 la meditacion. Constantemente

rezaba, y no se ocupaba mas que
 de Dios, de sus hijos y de distri-
 buir sus bienes á los pobres con
 inagotable caridad.

De esta gran mujer fué hija
 la madre de Mons. Segur, y su
 mejor elogio consiste en decir
 que fué digna de su santa ma-
 dre por su acendrada piedad, y
 por la educacion profundamente
 religiosa que dió á sus ilustres
 hijos.

(*Revista Popular.*)

ANÉCDOTA.

El año de 1848, cuando despues de
 haber quemado en la plaza del «Car-
 rousel» el trono del Rey ciudadano,
 el pueblo en la embriaguez del triun-
 fo se dirigió al Palacio de Justicia, é
 invadiendo el sagrado recinto de la
 «Santa Capilla» se disponia á prose-
 guir en su obra destructora, un jóven
 con el uniforme de la escuela politéc-
 nica logra atravesar las turbas, sube
 al altar, y tomando de él un crucifijo
 de marfil, verdadera obra de arte, le
 presenta á aquellas hordas de ilusos
 exclamando: «Hé aquí al Maestro de
 todos nosotros; este es el verdadero
 emblema de la libertad.»

El inspirado arránque de aquel ge-
 neroso estudiante conservó á la Fran-
 cia un monumento precioso por sus
 recuerdos; y al salvar una joya del
 arte, nos enseñó el verdadero origen
 de la libertad.